

Martín Ezequiel Sosa

Arquitecto de la Vida

Poema original:

Amanece y mi sombra madruga conmigo,
como un perro fiel que no sabe traicionar;
llevo el pan de mis sueños al hombro antiguo
y un sol diminuto que me enseña a insistir y andar.

Mis manos son mapas de tierra y espina,
raíces que aprenden a no claudicar;
cada callo es medalla que el tiempo ilumina,
cada herida, semilla que vuelve a brotar.

He sido martillo, tinta y sudor,
he sido silencio en nave industrial;
y en cada tarea encontré mi valor
como un faro encendido en puerto desigual.

La dignidad no es traje ni voz engolada,
es sostener la mirada sin vender el temblor;
es la espalda erguida, jamás arrodillada
ante el oro fugaz que compra el honor.

Hubo inviernos de sueldo pequeño y vacío,
donde el frío mordía mi fe con rigor;
pero ardía en mi pecho un humilde brío
que encendía la noche con terco fulgor.

Soy obrero del día y del sueño futuro,
arquitecto de un nombre sin precio ni altar;
mi salario es la paz de saberme seguro
en la recta conciencia de no claudicar.

Trabajar es forjarse en un yunque invisible,
es pulir el carácter con férreo compás;
es amar con constancia tangible y sensible,
y cumplir aunque nadie te vea jamás.

Si algo tengo es esta bandera sencilla:
no me dobla la vida, me enseña a crecer;

porque el hombre se mide en la humilde semilla
que defiende su tierra con limpio deber.